María Paula Mones Ruiz

Al acecho de tu luz

Cierro los ojos cuadrados de mis ventanas,
deslizo mis vendas. Luego, despierta, sueño
que la oscuridad me bosteza y amanecen suspendidas
sábanas desiertas, estrellas de arena.
Ventanas, sábanas, sueños, deseos.
Vivir o soñarse. Despertar o dormir.
Depende de tu tiempo
depende del tú, depende del mí.
A la muerte ni le importa. Pero te mira.
Vivas o sueñes, duermas o despiertes
siempre está al acecho de tu luz.
Sea de noche o de día de repente dice: TÚ.
Y de repente nada más de ti
ni de mí.

Banquete

Cenaba el alma, vino de rosas, tinto
y una poción de noche con una pizca de rallada plata.
El cuerpo descansaba en paz.
Y los sueños desnudos, en las sábanas
se miraron sorprendidos, porque de todos ellos,
uno, ya no estaba. ¡¿Se lo había comido el alma?!
Banquete Ideal. Inteligencia en la piel.
Platónica crueldad.

Casas de piedras y migajas

¡Cuántas casas construirían los mendigos
Con nuestras caras de piedra en la mirada!
Caras de piedra, millonarias de egoísmo
Casas de piedra, ladrillos y ladrillos
Y pilas y pilas de indiferencia rojiza
A corta distancia de la cara fantasmal de la miseria.
El cielo es un techo muy, muy alto pero seguro

y verdaderamente digno de los ojos también altos
y brillosos del mendigo. Estamos ciegos
bajo el mismo cielo del mendigo, el mendigo nos encandila
y no lo vemos. Y no lo vemos, tenemos
millonarias dioptrías en la negra miopía del cerebro. Y por si el cielo nos mira, razonamos y rezamos sin el alma
con falso misticismo:
El pan nuestro de cada día nos lo damos hoy
y del mendigo nos libramos con migajas
como librándonos de un mal que nos congela las manos
sin frío, sin temblor. Mientras rezamos al revés,
el mendigo comparte las migajas con un gorrión amigo.
Y el cielo los convida con agua y comen, beben y se aman
pájaro y mendigo. Un día, el mendigo dice esta plegaria:
Padre Nuestro ¿estás en los cielos o estás en la tierra?
Ellos hacen su voluntad, pero yo
yo te busco a vos en alguna mirada.
Mi amigo se ha muerto en el nido de mis manos.
¡Padre Nuestro, no me atrevo a comer
la última migaja de su ala!

Hasta el próximo vaivén

Manos tibias de espera, mecen la hamaca verde.
Respiran
ámbar memoria de vainillas.
Miman, acarician,
los opuestos, las alas del ir y del volver.
Luminoso, el eje del tiempo y del sosiego
las coloca en posición de rezo
hasta el próximo vaivén.